

Inti: Revista de literatura hispánica

Number 71
Ernesto Sábato y La Nueva Crítica Académica

Article 32

2010

Penumbra; Umbra; Antumbra; Mare Crisium

Claudia Posadas

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Posadas, Claudia (Primavera-Otoño 2010) "Penumbra; Umbra; Antumbra; Mare Crisium," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 71, Article 32.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss71/32>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact elizabeth.tietjen@providence.edu.

CLAUDIA POSADAS

Expuesta a todas las perdiciones,
ella canta junto a una niña extraviada que es ella:
su amuleto de la buena suerte.
*

Habla de lo que sabes. Habla de lo que vibra en tu médula y hace luces y
sombras
en tu mirada, habla del dolor incesante de tus huesos, habla del vértigo,
habla de tu respiración, de tu desolación...

Es tan oscuro, tan en silencio el proceso a que me obligo.

Alejandra Pizarnick

I. PENUMBRA

Cae la noche a su natural incertidumbre,
caen los relieves de los órdenes y reflejos habitados
caen
a esa antigua muerte por oscuridad.

Dormir con el último brillo de las horas como única visión del reino.
Dormir,
anegada en el fulgor de una criatura iridiscente girando alrededor del espíritu,
como promesa final de la tarde.

Haber puesto, bajo el influjo de las Aguas Lunares,
Mare Tranquillitatis,

Mare Nectaris,

Lacus Perseverantiae,

los objetos de poder con el fin de serenar su emanación protectora;
 abandonarse a la habitual deriva con nuestros cuerpos como frágiles barcas,
 con nuestros sueños como perversas o benignas rosas de los vientos
 guiándonos en ese mar ignoto que nos lleva al limes de los mundos
 donde las corrientes se precipitan al vacío.

Recordar de nuevo un abandono,
 la repentina soledad en que yacimos a merced de la nieve
 y la madrugada interminable,
 como si de golpe nos hubiesen arrancado la tibieza:
 dormir con esa escarcha invadiendo las arterias.

(En la plaza a lo lejos, el campanario tañe a Maitines para ahuyentar las ánimas
 nocturnas. Encomendarse a las auras purificadoras porque se lleven consigo todo mal
 y me brinden sus visiones).

Entrar de lleno a esa razón informe donde algo repta al final de los pasillos
 y crece un pulso en los recodos;
 entrar a ese filo incierto de la no conciencia
 en que me sitian las cárceles voluntarias o impuestas

y sólo existe la percepción de un magma,
 de un dolor en su crudeza pura,
 del vaivén de la rabia a punto de estallar,
 el *planto*...

De un ambiguo reino donde pesa, intolerablemente,
 lo omitido,
 la palabra salvadora o de fe que hubiese otorgado el perdón
 o que hubiera sido capaz de templarme,
 los actos que habrían disuelto la fábula de la Torre Abolida.

Y el acecho al terminar el corredor,
 al igual que el fluir de una extraña espesura.

Qué muertos, embalsamados en su hiel añeja,
 qué muertos,
 deshechos en la furia de una historia que no concluyó
 me vigilan,

me condenan
desde su pálida existencia como una triste vibración de la que no pueden escapar.

(Que encuentren la verdadera llama y luzca para ellos la quietud perpetua...)

II. UMBRA

La noche se vuelve a oscurecer,
a constreñirse en el corazón de su *nigredo*;
se diluyen las formas, vencidas en su continencia del día,
y algunos objetos pierden su aparente equilibrio.

La densidad envuelve la estancia del sueño y se cumple su amenaza,
el daño que más se temía y que las aureolas y campanas no pudieron conjurar,
aquella imantación de mi sangre hacia una embocadura nutriéndose de soles y
materia.

Un vuelco de los cauces lunares me abandona en el *Lacus Timoris*. Imposible un grito o
defenderse,
el miedo se acumula en el paralizar de mi fuerza,
el miedo que va obstruyendo mi razón y certidumbre a todo aquello que no sea su
dominio,
el silbar que va cercándome como una serpiente oscura,
sólo vigilante de su presa.

La sombra me invade poco a poco,
nutriéndose de mí;
succiona mis arterias prendida a mi cuerpo con su viscosidad de larva,
devora el pensamiento aferrada a mi cabeza con las pequeñas bocas de sus innumerables
brazos
y con sus blandos picos
que sin habla,
y en su murmullo horadante de insecto,
algo maligno me dicen,
que me es posible advertir en la oscuridad de sus rezos.

Ser una inmolación entre sus fauces,
el plasma de nervios e insuflado vital;
oponerse al embate con el cuarzo deshaciéndose
como lava entre las manos,
clamar a mis potencias con mis labios fundidos a su propia carne:
— Yo pertenezco a la luz

— Yo soy luz de la luz (y recuerdas tu verdadero nombre...),
 — Yo me libro de todo mal... (e invocas la presencia de la mañana...)
 (sed libera nos a malo...)

La sombra se aleja, pero otro golpe de mareas me suele llevar al *Lacus Odii*.
 La sombra que logra filtrarse en el sueño como la hiedra en medio del jardín,
 como el conjuro perverso deformando las acciones del día.

De pronto es el rictus de violencia ahorcándome con los ojos ahogados en su furia;
 con la rabia manando de sus belfos,
 con sus manos plétóricas de odio;
 de pronto se vuelve la voz que injura y de la que ha sido imposible defenderme,
 pues todo lo que diga o pueda exclamar es enredado en una urdimbre en la que se pierde
 cualquier argumento;

la voz que, junto con su séquito hilarante,
 me condena a la extracción de la piedra de la locura
 (tu sólo privilegio...).

También,
 los inquisidores me desposeen de toda verdad o certidumbre de gracia,
 y entonces, antes de que vuelvan a romperse,
 me descubro uniendo los trozos de un espejo
 aunque ninguna pieza encaje con la otra
 y no pueda volver a construir la mirada que solía reverberar en los aljibes.

A veces,
 cruzados cabalgando en sus caballos negros me anuncian augurios de catástrofe.

(Muy lejos, demasiado lejos, como un lamentar de Sibil la,
 se escucha el melancólico melisma de una mujer observando tus pérdidas más allá de
 la niebla...)

III. ANTUMBRA

Con el tiempo,
 los duelos tomarían mi corazón como una glándula de pena y de angustia
 que se iría alimentando con los quiebres de mi historia.

Con el tiempo,
 el daño irreversible buscaría conformarse en las palabras con las que debía
 nombrar el mundo,
 o en el fluir de mi psique y vigilia,
 o en el vuelo sombrío que desviase el correr de mis actos
 al penoso desandar.

Haber resistido los presagios y la noche con su gravedad sobre la espalda
 hasta dejarse vencer por el ensueño;
 de nuevo, ante mí,
 aquel sendero perdiéndose en el bosque de la inmensa umbra
 (evocar el pulso de un Alcázar al final de otra singladura, como un latir secreto):
 quedarse, como siempre, en el limen de la ruta sin decidirme a traspasarla.

Sin embargo, alguna noche,
 al final del camino y del bosque,
 el centelleo de un astro diminuto clamándome con su música de esferas.

Cruzar de una vez por todas el umbral y reiniciar la senda protegiendo el tahalí que
 atesoraba,
 no sin antes haberlo consagrado en mi frente,
en mis labios,
 en mi pecho.

Al inicio del viaje algunos insectos de luz giraban alrededor de mí,
 aunque a mitad de la andadura la armonía dejó de escucharse,
 y todo lucero de la tierra o celeste se iban ocultando,
 al igual que los caminos.

Huir desesperadamente de la umbra y de los movimientos espectrales de los árboles
 en busca de un resguardo;
 huir hacia la nada,
 hacia el punto luminoso que lucía intermitentemente en el bosque
 al igual que una luciérnaga danzando entre las hojas y la noche,
 hasta llegar a mi querida Fortaleza que ya no era de luz,
 sino el desconcierto de piedra cayendo sobre mí,
 como aquella ciudad de oro en sus murallas que solía esplender en las alturas.

Como último gesto de oblación,
 consagrar el tahalí a mis guardianes lumínicos,
 pero el cristal ya no estaba entre mis manos,
 así como ningún destello en torno a mí *cuando todas las otras luces se habían
 extinguido,*

salvo el desesperado invocar de una palabra salvadora,
de la oración perdida en otra súplica

(... *E ne nos inducas im temptationem, sed libera nos a malo...*)

Después,

el íntimo colapso en madrugada en que desperté con el golpe de la noche

(*el levarse de almenaras, el campanario a rebato...*)

(Y en el sueño,

en la intemperie del bosque,

bajo el aura sombría de un eclipse anular o de una montaña oscura

tras la que desciende el fulgor de la tarde,

una niña,

sin cuarzo de la suerte y sin pertrechos,

con el frío como índole otorgada,

observa *la inmensidad de hielo que la aguarda para cruzar*).

IV. MARE CRISIUM

Habermé hundido en la orfandad llamándome

como el abismo en las entrañas,

esperando solamente el Alba redentora;

otra vez la angustia de volver a comenzar el día y sufrir lo soportable,

el instante mismo del retorno a lo tangible

aunque dormir,

soñar,

ha sido otro escenario del horror.

No hay más que abandonarse a la realidad carente de fe y de sentido;

en mansedumbre y sin fuerzas,

con la pura noción de Lo Ausente,

ahogarme en la extrañeza del mundo...

¿Habría que romper,

salir del espejismo,

para hallar la transparencia en el numen de todo origen?